

STAR WARS
THE
CLONE
WARS

HISTORIAS DE LUZ Y OSCURIDAD

STAR WARS
THE
CLONE
WARS

Escrito por

LOU ANDERS • TOM ANGLEBERGER • PREETI CHHIBBER • E. ANNE CONVERY
ZORAIDA CÓRDOVA • SARAH BETH DURST • JASON FRY • YOON HA LEE
REBECCA ROANHORSE • ANNE URSU • GREG VAN EEKHOUT

Editado por

JENNIFER HEDDLE

Planeta Junior

«Compartiendo la misma cara» por Jason Fry. Basado en el episodio «Emboscada» escrito por Steven Melching y dirigido por Dave Bullock para la serie creada por George Lucas.

«Dooku capturado» por Lou Anders. Basado en el episodio «Dooku capturado» escrito por Julie Siege y dirigido por Jesse Yeh, y el episodio «El general Gungan» escrito por Julie Siege y dirigido por Justin Ridge para la serie creada por George Lucas.

«Crisis de rehenes» por Preeti Chhibber. Basado en el episodio «Rehenes» escrito por Eoghan Mahony y dirigido por Giancarlo Volpe para la serie creada por George Lucas.

«La búsqueda de la paz» por Anne Ursu. Basado en el episodio «Héroes en ambos bandos» escrito por Daniel Arkin y dirigido por Kyle Dunlevy, y el episodio «Perseguir la paz» escrito por Daniel Arkin y dirigido por Duwayne Dunham para la serie creada por George Lucas.

«La sombra de Umbara» por Yoon Ha Lee. Basado en los episodios «Oscuridad en Umbara», «El general», «El plan de disidencia» y «La carnicería de Krell» escritos por Matt Michnovetz y dirigidos por Steward Lee, Walter Murch y Kyle Dunlevy para la serie creada por George Lucas.

«La historia de Bane» por Tom Angleberger. Basado en los episodios «Decepción», «Amigos y enemigos», «La caja» y «Crisis en Naboo» escritos por Brent Friedman y dirigidos por Kyle Dunlevy, Bosco Ng, Brian Kalin O'Connell y Danny Keller para la serie creada por George Lucas.

«La hermana de la noche perdida» por Zoraida Córdova. Basado en el episodio «Generosidad» escrito por Katie Lucas y dirigido por Kyle Dunlevy para la serie creada por George Lucas.

«Una oscura venganza» por Rebecca Roanhorse. Basado en el episodio «Hermanos» escrito por Katie Lucas y dirigido por Bosco Ng, y el episodio «Venganza» escrito por Katie Lucas y dirigido por Brian Kalin O'Connell para la serie creada por George Lucas.

«Casi Jedi» por Sarah Beth Durst. Basado en el episodio «Un vínculo necesario» escrito por Christian Taylor y dirigido por Danny Keller para la serie creada por George Lucas.

«La sombra de Kenobi» por Greg van Eekhout. Basado en el episodio «Los Sin-Ley» escrito por Chris Collins y dirigido por Brian Kalin O'Connell para la serie creada por George Lucas.

«Bicha» por E. Anne Convery. Inspirado en el episodio «Masacre» escrito por Katie Lucas y dirigido por Steward Lee para la serie creada por George Lucas.

Ilustrado por Ksenia Zelentsova

Diseño de Leigh Zieske

© & TM 2020 Lucasfilm Ltd.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

© de la traducción: Marta García Madera, 2020

Derechos exclusivos para la edición en castellano reservados para España:

Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662–664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

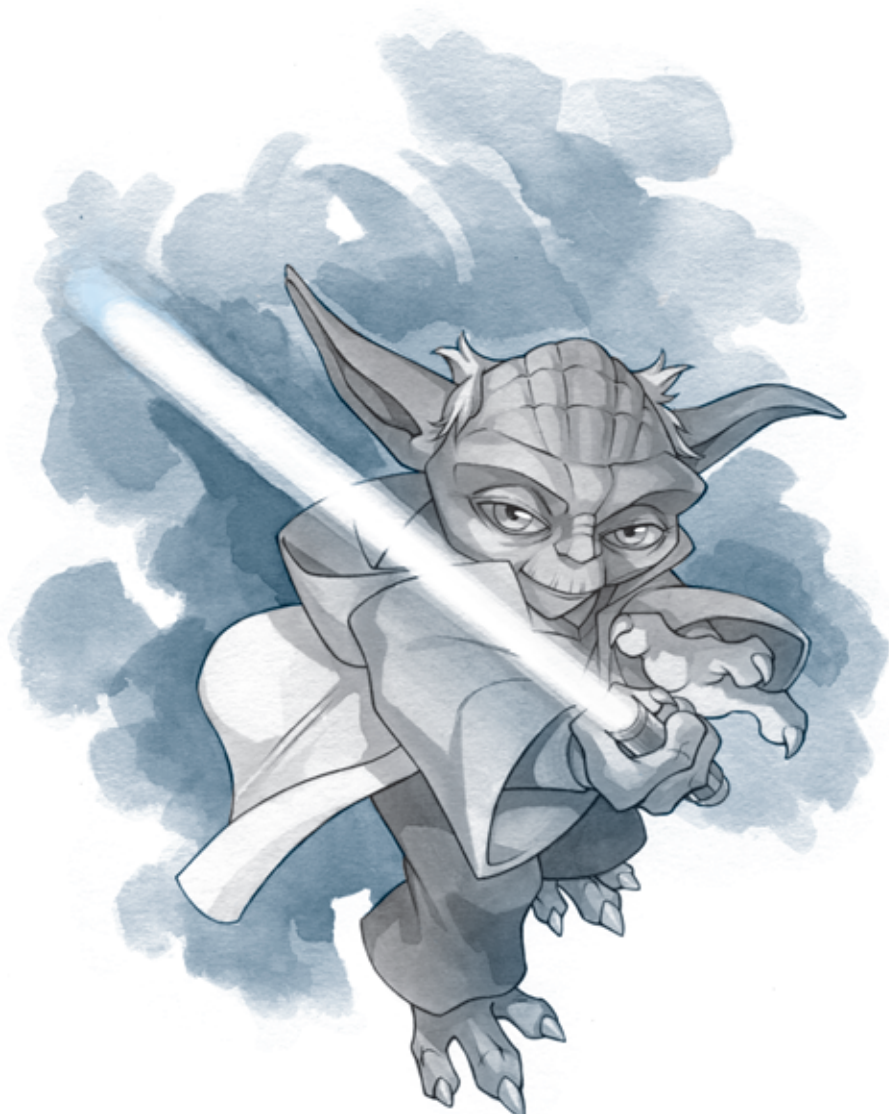
Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23333-6

Depósito legal: B. 17.763-2020

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Hace mucho tiempo en una galaxia
muy muy lejana...

COMPARTIENDO LA MISMA CARA

JASON FRY

YODA HABÍA VISITADO MUCHOS PLANETAS durante sus más de ocho siglos de servicio a la orden Jedi. En sus primeros años como padawan, los podría haber nombrado todos. Ahora no recordaba siquiera cuántos había visto. Lo único que sabía era que habían sido decenas de miles.

Pero no importaba lo urgente que fuera la misión; cuando visitaba un mundo nuevo, Yoda dedicaba un momento a abrirse por completo a la Fuerza. Dejaba que sus sentidos se inundaran de las energías vitales que le rodeaban. Y en todos los sitios que visitaba encontraba belleza y asombro. A veces tenía que buscarlos (incluso con ahínco), pero siempre estaban ahí, y, a lo largo de los siglos, había decidido que debían de ser productos de la vida, dos expresiones más de la Fuerza en constante cambio.

No le costó mucho encontrar belleza y asombro en Rugosa. Lo rodearon por completo desde el momento en el que la cápsula de escape se posó en el suelo arenoso. Los abanicos de coral extendían ramas rojas, amarillas y moradas en el aire desde lo alto de elevados pilares mientras los corales bulbosos crecían salpicando la arena, y hacían que Yoda pensara en una fruta gigante. El aire era salobre, con el aroma del océano en una luna que ya no lo tenía. Por encima de él, en las ramas llenas de color, las tenues alas de criaturas diminutas se encendían en la luz del sol líquida y dorada.

Mientras Yoda se apoyaba en el bastón y miraba a su alrededor, tres soldados clon sacaban rifles y equipo de la cápsula de escape. Yoda se preguntó si Thire, Rys y Jek se habrían fijado en las pequeñas criaturas voladoras, o si habrían estudiado el bosque de corales que los rodeaba. En caso de ser así, ¿los tres clones lo veían de otra forma? ¿O sus percepciones eran idénticas al código genético que compartían? Los soldados clon eran algo nuevo para Yoda, al igual que la idea de que él era su general y ellos estaban bajo su mando.

Aquella idea no le entusiasmaba, pero era su deber di-



rigirlos ahora que la galaxia se había sumido en la guerra. Katuunko, el rey toydariano, estaba en algún lugar cercano, esperándolos bajo una gran formación de coral en forma de árbol. La misión de Yoda era negociar un tratado con Katuunko para establecer una base de la República en Toydaria. Los separatistas se habían enterado de aquella misión y habían enviado una fuerza operativa para interceptar la nave de Yoda y ahuyentarla.

Lo habían logrado, pero la misión todavía no había fracasado. Yoda y los tres clones habían propulsado una cápsula de escape, decididos a tener la reunión prometida con Katuunko.

—Teniente —dijo Yoda, y Thire se puso firme y saludó—. Contactar con el rey Katuunko quiero. Hablar con él debo.

—Enseguida, general —contestó Thire, y Yoda pudo sentir su deseo como un pulso de emoción en la Fuerza. De hecho, ese deseo irradiaba de los tres clones. Habían sido asignados al servicio de escolta diplomática y habían sido enviados a Coruscant, pero la capital galáctica estaba lejos de la primera línea de la guerra y ellos querían demostrar desesperadamente su valor en combate. Como si la muerte



y la destrucción demostraran la valía de alguien y no fueran más que una tragedia.

Pero algunas tragedias no podían evitarse. La galaxia estaba en guerra. Yoda y sus compañeros Jedi no la habían logrado evitar y, más tarde, se vieron envueltos en ella. Era importante poner fin a aquella guerra con la mayor rapidez y el menor dolor posibles.

Thire se arrodilló, aguantando un holoprojector con la mano. La imagen del rey Katuunko (alas pequeñas, pies palmeados, barriga amplia de un toydariano de alto estatus) apareció de repente en la palma de la mano del soldado.

—Un placer oír su voz es, alteza —dijo Yoda—. El maestro Yoda del Consejo Jedi soy.

—Maestro Jedi, pensaba que quizá el conde Dooku le había asustado —respondió Katuunko.

—Retrasado me he, pero no demasiado lejos estoy ahora —dijo Yoda—. Consciente no era de que el conde Dooku estaba invitado a nuestra reunión.

—El conde se autoinvitó. Me asegura que, en este momento de guerra, sus droides pueden ofrecer a mi mundo una mayor seguridad que los Jedi.



Los hombros de Thire se pusieron tensos de rabia, mientras Rys y Jek se miraban el uno al otro. Yoda silenció a los clones lanzándoles una mirada severa.

—Hum. Un objeto de debate es —dijo a Katuunko.

—Su majestad podría preferir algo más que palabras —interrumpió una voz sedosa y con un tono amenazante—. Si Yoda es realmente el guerrero Jedi que usted cree que es, deje que lo pruebe. Permítame enviar mis mejores tropas a capturarlo. Si escapa, únase a la República. Pero si mis droides derrotan a Yoda, considere una alianza con los separatistas.

Katuunko se volvió hacia su holoprojector para mostrar la figura esbelta y firme de Asajj Ventress. Sus feroces ojos azules contrastaban con su piel tan blanca como los huesos.

«Hummm, la aprendiz de Dooku», pensó Yoda.

Así que esa era su adversaria.

Esperaba ver la cara del propio Dooku. El líder separatista había sido padawan de Yoda en el pasado, y si Yoda lo podía llevar de nuevo hacia la luz, la guerra podría acabar sin más sufrimiento y ruina. Pero, por lo visto, la reunión no se iba a producir.



Katuunko fulminó a Ventress con la mirada.

—No pedí la presencia de Yoda aquí para ponerlo a prueba en el campo de batalla.

Yoda podía sentir la rabia de Ventress impulsando olas a través de la Fuerza, como si un joven hubiera lanzado una piedra pesada a un estanque tranquilo. Pero debajo de su rabia, Yoda notó un dolor puro y ansia de conexión, de pertenencia. Era una suerte que Dooku hubiera enviado a Ventress en lugar de enfrentarse a Yoda en persona. Quizá la aprendiz podría aprender una lección que le pudiera ayudar a encontrar un camino distinto al camino destructivo que había elegido el maestro.

«Bienvenido ese resultado sería. Una oportunidad que se nos ha brindado.»

—El desafío acepto, alteza —dijo Yoda a Katuunko, y volvió la mirada a Ventress—. Por la noche llegaré.

La transmisión llegó a su fin. Yoda, que miraba los abanicos de coral rosa, dirigió la vista al cielo amarillo. Las criaturas voladoras, ahora lo veía, eran mantas neebay bebés. Rugosa debía de ser un lugar de anidación para ellas, el principio de su paso por la vida. Cuando los



neebrays estuvieran listos, empezarían su larga migración a través del espacio.

—Bonita esta luna es, ¿verdad? —dijo a los clones—. Increíble el universo es.

Una sombra cayó sobre ellos. Una nave de desembarco separatista pasó por encima, con los motores zumbando, y Yoda sintió la vibración en los huesos del cráneo, una sensación desagradable que era casi dolorosa. Mientras Thire estudiaba la parte inferior de la nave, sus manos agarraron instintivamente el fusil bláster.

—Debe de haber todo un batallón ahí —dijo Rys, mirando la nave descender cerca del enorme árbol de coral en el que les esperaba Katuunko—. Y probablemente también esté blindada.

—Tendremos algo para ellos —prometió Jek, blandiendo su cañón rotatorio mortal.

—Llevad solo lo que necesitéis —dijo Yoda a los clones—. Demasiado peso más despacio hará que vayáis. A Ventress vuestras armas no destruirán. Ahora, venga, teniente. Darnos prisa debemos.

Empezó a alejarse de la cápsula de escape, dando pasos lentos y apoyándose en el bastón.



—Señor, el punto de encuentro es por ahí —dijo Thire. Yoda sintió la incomodidad del soldado y la reticencia a desafiar a su superior jerárquico. Había tenido que luchar contra sus instintos para señalar lo que pensaba que era un error.

Yoda dirigió la mirada a Thire.

—Como lo está nuestro enemigo —explicó—, para llegar a nuestro objetivo, un camino recto no seguiremos.

Podía sentir la duda de los clones mientras lo veían adentrarse en el bosque de coral. Pero lo siguieron, como los soldados obedientes que eran.



La nave de desembarco había desplegado tanques. Yoda podía oír el zumbido de sus elevadores de repulsión en algún punto a su espalda y la de los clones. Y ahora podía oír el sonido de sus cañones bláster.

Yoda se giró y subió hasta lo alto de un saliente rocoso para tener una visión mejor. Los clones aparecieron a su lado, esperando el combate, y Thire bajó los electrobinoculares.

—Tranquilos, amigos —dijo Yoda—. A su alcance no estamos.

Yoda sintió su desilusión, pero la ignoró. Pronto llegaría el momento de luchar, pero no había llegado todavía. Correr hacia la batalla solo ayudaría a Ventress.

Los tanques separatistas se detuvieron en seco al borde del bosque de coral. Uno intentó atravesarlo, pero enseguida se detuvo.

—Fuerte el coral en esta luna es —dijo Yoda, dedicando un momento a admirar los patrones moteados trazados por la luz del sol que se filtraba por los agujeros de los abanicos que tenían por encima—. Resiliente en todas partes, la vida demuestra ser.

Los electrobinoculares de Thire emitieron un zumbido mientras miraba por ellos a sus perseguidores.

—Esos tanques son demasiado grandes para seguirnos —dijo.

Yoda asintió.

—¿Lo ves? El tamaño no lo es todo, eh. Inferiores en número somos, pero superiores en mente.

Se puso un dedo en la ceja y soltó una risita. Después, condujo a los soldados hasta lo profundo del bosque.



Unos minutos más tarde, Thire lo detuvo. Yoda ya sabía lo que le iba a decir.

—Señor, hay dos patrullas aproximándose a pie —informó Thire, y Yoda sintió que le preocupaba lo que pudiera decidir el Jedi.

—Ahora el momento de enfrentarnos al enemigo es, teniente —dijo Yoda—. Una emboscada les tenderemos.

Sintió el alivio de los tres clones, y también su entusiasmo por tener la oportunidad de luchar.

—Los flanquearemos desde el sur —ordenó Thire.

—De acuerdo —dijo Rys—. ¡Vamos!

Mientras los soldados corrían hacia sus posiciones, Yoda fue en dirección contraria, internándose en el bosque de coral. Oyó el sonido estridente de los disparos de bláster, tanto de las armas de los clones como de los droides de batalla separatista. Esperó a que se acercaran los pasos metálicos de los droides y, entonces, salió corriendo delante de ellos, riéndose alegremente mientras sus disparos láser atravesaban el aire vacío.

Yoda dejó que la Fuerza fluyera a través de él, y le pidió que lo elevara y le diera la velocidad que la edad le había arrebatado tiempo atrás. Sintió la energía de la Fuer-



za a su alrededor y moviéndose dentro de él, arrastrándolo como un río que corría con fuerza. Los droides no eran una amenaza. Sentía todos sus movimientos antes de que se produjeran, y no había suficientes para desbordar su conciencia ni sus reflejos. Riéndose, subió a lo alto de una rama de coral que había encima de ellos.

Los droides se separaron para intentar encontrarlo, lo que hizo que fueran más fáciles de destruir. Un minuto después, Yoda oyó un gemido mientras Jek disparaba el cañón rotatorio. El sonido se convirtió en un aullido cuando el cañón soltó ráfagas láser a los desventurados mecánicos. Acto seguido, volvió a hacerse el silencio en el bosque y Yoda sintió un pulso de orgullo en la Fuerza. Jek había destruido a los droides. Pero Yoda sintió que se acercaba una amenaza más grave.

Seis droides de batalla más entraron en el claro que había más abajo, buscándolo. Yoda sabía que tenía que destruirlos rápido. Bajó hasta los hombros metálicos de un droide. Los otros cinco se giraron con torpeza, abriendo fuego contra el desventurado droide mientras Yoda saltaba a tiempo y salía ileso. La Fuerza lo llevaba de un droide a otro, recordándole cuando de pequeño saltaba entre ne-



núfares en el estanque de meditación del Templo Jedi. El recuerdo le hizo sonreír mientras los droides se acribillaban entre sí.

El silbido y el ruido sordo de los disparos eran más fuertes ahora. Corrió a través del bosque de coral y vio un pelotón de superdroides de combate delante de él. Los droides de combate normales de los separatistas eran larguiruchos y frágiles, pero los superdroides eran bestias descomunales, construidos para repeler los daños y eliminar cualquier oposición.

Eran muy difíciles de controlar para los clones. De hecho, Yoda vio a Thire cojeando y alejándose de la batalla, ayudado por Jek. Yoda subió de un salto a las anchas espaldas de los superdroides, su espada láser giraba como un molinillo de viento esmeralda, y aterrizó entre los droides y los clones. Desvió un disparo de láser a los superdroides, derribando a uno, y siguió a los clones hasta el trozo de coral caído tras el que habían buscado refugio.

Thire se asomó al coral y disparó, con lo que hizo caer a otro superdroide, pero tuvo que volverse a agachar para escapar del fuego intenso.

—¿Qué va a hacer, señor? —preguntó, y Yoda pudo oír dolor y temor en su voz.

—Humm. —Yoda desactivó la espada láser y se sentó frente a los clones, con las piernas cruzadas, sin hacer caso a la energía mortal que pasaba volando por encima de sus cabezas.

—¿Qué hace el general? —oyó preguntar a Jek.

Lo que Yoda estaba haciendo era sumergirse en sus pensamientos. Era la primera lección que había enseñado a tantos iniciados.

Lo primero que sintió fueron las ondas y las corrientes de la Fuerza, generadas por los innumerables organismos diminutos que vivían en las ramas de coral, en la tierra y el aire de Rugosa. Aquella vida parecía una red enorme de energía dentro de la cual Yoda notaba a los clones. Era como si sus mentes resplandecieran en la Fuerza, irradiando rabia y miedo, determinación e inquietud.

Yoda no podía sentir a los superdroides de combate en sí. Eran máquinas, imitaciones de la vida y no la vida de verdad. Pero sí que notaba los puntos vacíos que dejaban en la Fuerza, y eso le indicaba dónde estaban. Levantó la mano, elevando uno de los droides descomunales en el aire. Seguía abriendo fuego y moviendo las patas. Sus sensores no lograban determinar lo que sucedía.



Yoda movió la mano y el superdroide de combate giró en el aire; los cañones de los antebrazos lanzaron ráfagas que acribillaron a sus compañeros. Los demás superdroides dispararon al droide solitario y peligroso, ignorando sus protestas hasta que se quedó en silencio. Yoda movió la muñeca y usó la Fuerza para arrojar al droide inmóvil a los demás, con la suficiente fuerza para desactivarlos a todos.

—Eh. —Thire se giró para mirar al Jedi con un respeto renovado—. Nos ha encontrado justo a tiempo, señor.

Yoda alzó la vista hacia los tres clones.

—Dejado atrás, nadie será.

Pero incluso mientras hacía esta promesa, oyó un zumbido amenazante de motores de contracción rápida. Tres droides destructores aparecieron tambaleándose y se desplegaron para apoyarse en sus patas trípode, disparando a los clones.

Yoda activó su espada láser y repelió los ataques de los droides. Sus escudos deflectores se tiñeron de morado mientras las ráfagas rebotaban en ellos.

Aquella era una batalla que Yoda y los clones no podían ganar.

—Retirada —dijo Yoda a los clones—. ¡Os cubriré!

Notó su reticencia, pero el impulso por obedecer era más potente. Jek ayudó a Thire a ponerse de pie y empezó a alejarse cojeando. Yoda subió de un salto a la espalda de Rys, agarrándose con una mano y desviando rayos a los droides destructores. Al ver un abanico de coral en el lugar apropiado, torció la espada láser para que la siguiente ráfaga la cortara, haciendo que cayera y bloqueara el camino de los droides.

Un minuto después, el holoprojector de Thire pitó. Yoda miró la pequeña figura de Katuunko que parpadeaba en la mano de Thire.

—Maestro Yoda —dijo el rey—, dicen que tiene problemas con el ejército droide.

—¿Problemas? —preguntó Yoda, con una sonrisa—. No sé nada de este problema. La próxima reunión pronto tengo ganas de celebrar.



Yoda había visto el cañón mientras su cápsula de escape estaba todavía en el aire. Ahora que lo podía ver más de

cerca, se dio cuenta de que había un hueco entre dos enormes arrecifes de coral que habían crecido con el paso de los siglos. Se abrió paso adelante y atrás atravesando túneles que se adentraban en el coral. Uno de los túneles sería un refugio excelente mientras Yoda esperaba a que los separatistas los alcanzaran.

Mientras conducía a los clones al interior, Yoda notó su incomodidad. El gran árbol en el que esperaba Kattuunko estaba en otra dirección, y la idea de retirarse les molestaba.

—¿Está seguro de que debemos entrar, general? —preguntó Thire—. No hay salida.

—Ahora descansar debemos —dijo Yoda.

Hacía frío dentro del cañón, y aún más cuando Yoda los condujo a un pasaje con forma de tubo que serpenteaba dentro del coral. Mientras tanteaba el terreno con el bastón, Yoda cerró los ojos y alcanzó la Fuerza, dejando que su conciencia apartara la presencia de los clones.

Sus mentes estaban abiertas y sus emociones eran fuertes. En la Fuerza, ellos le recordaban a niños. Eso hizo que Yoda sonriera. Le gustaba decir que, con el paso de los si-

glos como Jedi, había aprendido más de la Fuerza de los jóvenes que de los maestros Jedi.

Los clones ansiaban su aprobación y querían gustarle. Pero les preocupaba no ser capaces de completar su misión y acabar avergonzados. Fracasar sería mostrarse indignos, ante su general y también ante sí mismos.

Yoda emitió un quedo *hummm* mientras consideraba ese asunto. El instinto de los clones de obedecer le molestaba un poco, sobre todo porque eran humanos.

«Criaturas ruidosas e impacientes los humanos son. Y demasiado breves sus vidas son. Acaban justo cuando la madurez y la sabiduría son posibles.»

Pero los soldados clon no eran humanos corrientes. Yoda había notado la diferencia en el minuto en el que había subido a bordo de la cañonera en Kamino, al inicio de la guerra. Los clones habían sido alterados prácticamente desde su nacimiento en los laboratorios de Kamino. Habían sido diseñados, como máquinas, y les habían modificado los cerebros para hacer que fueran mejores soldados. Y su ritmo de crecimiento había sido acelerado drásticamente, se recordó a sí mismo Yoda. Si los clones



parecían niños en la Fuerza, quizá fuera porque, de alguna manera, todavía lo eran.

«Hechos para la guerra estos chicos fueron. Millones hicieron. Desechables sus creadores los consideran.»

Yoda todavía estaba reflexionando sobre el asunto cuando Rys encendió una lámpara portátil, mostrando las armas dispuestas para su inspección: tres blásters, un par de fusiles dañados y un lanzacohetes.

—Nos queda poca munición, señor —dijo Jek—. Solo dos granadas y un cohete para el lanzador.

—¿Contra un batallón? —preguntó Rys—. Olvídalo, hemos perdido.

Yoda pensó que debía dejar de dar vueltas a los orígenes de los clones. Por muy perturbadora que fuera su necesidad de ser dirigidos, era deber de Yoda darles órdenes. Y la misión de los clones también era la suya.

Cogió los dos fusiles dañados y los puso uno encima del otro. Después, encendió su espada láser.

—Muy seguros de la derrota estáis, ¿eh? —preguntó, bajando la hoja de su arma Jedi para que el metal burbujeara y se ablandara. Después, presionó los dos fusiles juntos hasta que el metal fundido formó una soldadura.



—Con el debido respeto, general, quizá debería continuar —dijo Thire—. Deje que los frenemos.

—Todo a nuestro alrededor es que debemos prevalecer —replicó Yoda, pasando la muleta improvisada que había creado para Thire—. Venid. Sentaos. Los cascos, quitáoslos. Vuestras caras quiero ver.

Los clones dudaron, pero se quitaron los cascos. Bajo la luz de la lámpara, las marcas rojas de sus armaduras (el color del servicio diplomático) eran de un tono marrón fangoso.

—No hay mucho que ver, señor —aseguró Thire, con una voz más completa y profunda al no estar filtrada por el sistema de comunicaciones del casco—. Todos tenemos la misma cara.

—Engañarte tus ojos pueden. En la Fuerza, muy distinto cada uno de vosotros es.

Yoda se puso de pie y se acercó a Rys, dando golpecitos con el bastón en la placa pectoral del clon.

—Rys —dijo—. Siempre centrado en el enemigo estás. Para inspirarte, en ti fíjate y en los que te rodean.

Jek miró al maestro Jedi poco convencido, con el casco de cresta roja sobre el regazo.



—Jek —dijo Yoda—. Preocupado por las armas estás. Las armas no ganan batallas. Tu mente poderosa es. Ser más listo que los droides puedes.

También estaba Thire. Sentía dolor y le atormentaba la necesidad de demostrar su valía a sí mismo, no solo como soldado sino también como oficial.

—Thire —dijo Yoda, amablemente—. En el combate no te precipites. Larga es la guerra. Solo si sobrevives prevalecerás.

Yoda se puso en cuclillas, mirando a los tres soldados bajo la luz naranja y cálida de la lámpara.

—Clones puede que seáis, pero la Fuerza reside en todas las formas de vida —afirmó—. Usarla podéis, para calmar vuestra mente.

Los clones se miraron y Yoda pudo sentir su ansiedad abandonándoles y siendo reemplazada por la paz y el propósito. Eso le hizo sonreír. Les había enseñado su primera lección.

Justo después, la cueva tembló y oyeron el estruendo inconfundible de los tanques separatistas cerca. Los droides de Ventress los habían encontrado.

Yoda escogió un camino y salió del refugio, seguido



por los tres clones. Una fila de tanques entraba sigilosamente por el cañón más abajo, acompañados por droides de infantería.

—Tanques —murmuró Rys—. ¿Eso es lo mejor que nos pueden mandar?

—Sí, pero solo me queda un disparo —dijo Jek.

Yoda miró a los droides.

—A saludarlos voy.

—General, ¿no pensará enfrentarse solo a toda la columna? —preguntó Thire, apoyándose en la muleta.

—A vosotros tres os tengo —dijo Yoda, con una risita—. En inferioridad numérica están. El momento de ayudarme sabréis.



Mientras descendía de un salto al cañón, Yoda vio costillas que salían del coral, lo suficientemente viejas como para que los huesos se hubieran transformado en piedra. Y eran enormes. Los huesos fosilizados de algún leviatán que había considerado que Rugosa era su hogar antes de

que la calamidad hubiera evaporado sus océanos. Un grupo de neebrays había colonizado las costillas y se había encaramado a su punto más elevado, desplegando las alas bajo el sol del atardecer.

«La vida pasada nutriendo la vida futura. Siempre así es con la Fuerza.»

Yoda miró los tanques que se acercaban durante un instante, se sentó en cuclillas en medio del cañón, exhaló y cerró los ojos. Ignoró el rugido de los motores, dejando que se expandiera su conciencia. Los neebrays eran chispas en su conciencia, ansiaban calidez y comida, y estaban exuberantemente vivos. Sonrió y dejó que la mente continuara vagando. Por encima de él estaban los clones. Más lejos, la mente de Yoda pasó por el intelecto frío de Kattuunko y el nudo de rabia y necesidad que era Asajj Ventress.

Los tanques casi habían llegado junto a él. Yoda sintió el temor de los neebrays cuando alzaron el vuelo. Y, después, el sonido de los tanques se detuvo, reemplazado por el parloteo de droides de combate.

—¡Disparadle! —oyó gritar a Ventress por un holoprojector— ¡Disparadle ahora!